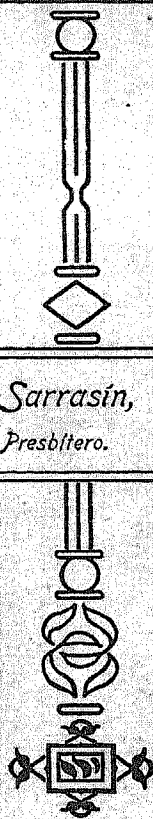
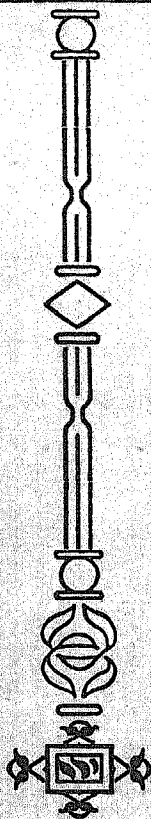




EL FOMENTO

DE LAS

Vocaciones Eclesiásticas



*Lic. Juan Sarrasin,
Presbítero.*

EL FOMENTO
DE LAS
vocaciones eclesíásticas

DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico
de 1915 a 1916
en el Seminario Conciliar de Pamplona
por el

Lic. D. Juan Sarrasín e Ilundain

Catedrático de Latín y Humanidades
en el mismo Seminario.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

PAMPLONA
IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DIOCESANA
1915



Excmo. e Illmo. Sr.:

Ilustre Claustro de Profesores:

Amados seminaristas:

Al escoger el tema que debía desarrollar en ocasión tan solemne y ante auditorio tan distinguido, acabé por fijarme definitivamente en un asunto que en la actualidad ocupa la atención de eminentes escritores: y es de cuyo tan importante, que puede influir, no ya sólo en la prosperidad, sino en la existencia misma de la Iglesia en un pueblo determinado: quise hablaros del fomento de las vocaciones eclesiásticas.

Pero debo confesar que estuve más de una vez a punto de desistir de mi propósito: veía que, en cuestión tan delicada y compleja, las dificultades brotaban por doquier, y me ponían en el trance de saltar por encima de ellas o dar un rodeo para esquivarlas; y, sobre, todo más aún que la desconfianza de mis propias fuerzas, que no necesito encarecer, abrumaba mi espíritu una duda que me sumía en hondas cavilaciones: ¿será oportuno abordar esta cuestión en los momentos presentes?

Lo sería por de pronto en la mayor parte de los seminarios españoles. En pocos años el número de candidatos al sacerdocio ha descendido a menos de la tercera parte: y en algunas diócesis el mal ha echado ya tan hondas raíces que no pocos Prelados de la Iglesia, al ver que en pueblos de su querida grey iba a apagarse dentro de poco la lámpara del santuario por no haber sacerdote que ofreciera el santo Sacrificio, han creído que ha sonado la hora de recurrir a las congregaciones religiosas y pedirles por favor que sustituyan en la cura

de almas al clero secular que ya no sale en número suficiente de los seminarios. Algunos hay en que no se educan sino 30 o a lo sumo 40 seminaristas: en el de Madrid ingresaban hasta hace poco unos 20 alumnos de Gramática: en el de Córdoba el número total de matriculados hace un par de años no pasó de 88: en Barbas-tro, sin ir más lejos, había en el curso de 1909 a 1910, según la última estadística oficial publicada en ese año, 37 alumnos; y en el de Tarazona la cifra ha descendido de 342 que era en el año 1893, a 105 que es en la actualidad. Baste decir que ciudades de 30.000 almas no tienen más que dos seminaristas.

No es extraño que, a vista de tan desconsoladora decadencia, al contemplar los resultados que ya se observan en la actualidad, y si, olvidando lo presente, queremos atalayar el porvenir más o menos lejano, vengán a la memoria aquellas palabras del Bienaventurado Vilanney: «Dejad durante 20 años una parroquia sin sacerdote y veréis a los que antes adoraban a Dios doblar su rodilla ante las bestias».

Por lo menos—hay que decirlo muy alto, porque es verdad inconcusa, grabada por el dedo mismo de Dios en el polvo de los siglos—; el terreno que va perdiendo el sacerdote en la sociedad, y sobre todo en épocas como la presente, en que se van abriendo cada día a la conquista espiritual de los pueblos nuevos y más dilatados horizontes, y hace más falta que nunca sacerdotes que ayuden a los pueblos a defenderse de los peligros de la fe, es terreno que infaliblemente va conquistando la inmoralidad y el ateísmo.

Es indudable: la penuria de clero ha llegado a constituir en muchas Diócesis de España, un verdadero peligro social, cuestión de vida o muerte, que exige un remedio inmediato y decisivo.

No diré yo que las actuales circunstancias revistan entre nosotros igual carácter de gravedad y de urgencia: todavía, gracias a Dios, tenemos sacerdotes: ¿los tendremos mañana, a lo menos en la abundancia que sería de desear, para que la selección de sujetos pueda hacerse con el rigor indispensable en asunto de tanta trascendencia?

Hablen por mí las estadísticas de los últimos veinticinco años:

Cursos	Alumnos examinados	Promedio de 5 años	EXAMINADOS EN 1.º				Presbíteros	TOTAL
			Oficiales	Preceptorias	Extraordinarios	TOTAL		
1890-1	741	700	50	60	21	131	42	186
1891-2	642		52	21	15	87	25	
1892-3	684		52	50	16	118	42	
1893-4	693		44	50	18	112	45	
1894-5	733		54	39	25	118	32	
1895-6	735	232	62	45	21	128	28	153
1896-7	667		45	50	11	106	29	
1897-8	628		38	44	12	94	38	
1898-9	560		34	24	4	62	34	
1899-0	570		40	23	18	81	24	
1890-1	449	396	34	30	14	78	38	228
1901-2	445		36	16	6	58	74	
1902-3	402		23	16	4	43	21	
1903-4	339		17	13	8	37	64	
1904-5	348		31	13	5	47	30	
1905-6	320	294	26	16	5	47	34	137
1906-7	290		19	8	9	36	18	
1907-8	298		22	9	7	33	38	
1908-9	283		28	17	7	52	24	
1909-10	280		26	18	7	50	23	
1910-1	270	270	25	5	9	39	7	57
1911-2	266		30	11	8	49	15	
1912-3	256		25	8	2	36	16	
1913-4	281		30	9	3	41	7	
1914-5	277		44	11	18	73	12	

Bien se echa de ver que los presbíteros que van saliendo en estos últimos años, no son bastantes, ni con mucho, para llenar los huecos que va dejando la muerte: de seguir como hasta ahora; si no es algo pasajero,

sino más bien un síntoma consolador el aumento que se observa el año pasado en los alumnos de primer año de latín, estamos en peligro de que no haya dentro de poco bastante clero, ni aun contando con que los ancianos queden al frente de sus parroquias, cuando los achaques los inutilicen para las duras exigencias del ministerio.

En mayor o menor grado, también en Navarra hay crisis de vocaciones sacerdotales.

Si tratamos de averiguar las causas del mal que lamentamos, claro es que en España, y mucho menos en Navarra, no van a ser las mismas que en otras naciones más desdichadas que la nuestra.

En Francia, por ejemplo, los progresos de la enseñanza laica van creando una generación positivista, a veces impía y siempre refractaria a toda idea de vocación sacerdotal, como no podía menos de temerse de escuelas francamente anticristianas; y aun en las neutras, si las hay de verdad como algunos aseguran, no es posible que el maestro, a quien se prohíbe enseñar a sus alumnos a conocer y amar a Cristo, a respetar y servir a la Iglesia, pueda depositar y cultivar en las almas de los niños los gérmenes preciosísimos de la vocación. Así que en el actual estado de cosas, no cabe poner la esperanza en los niños que se educan en las escuelas del Estado: el único manantial de vocaciones ha de estar forzosamente en el pequeño número de escuelas congregacionistas y colegios católicos dirigidos por sacerdotes. Pero ¿qué pueden hacer para contrarrestar la desastrosa influencia de las escuelas oficiales estos centros de educación cristiana, pocos en número y siempre víctimas de una persecución legal que recuerda los tiempos de Juliano el Apóstata? Júntese a esto la disminución alarmante de la natalidad que, a la vez que amenaza constantemente la independencia de la nación, ha puesto a los Seminarios en inminente peligro de una ruina irreparable, y se comprenderá, que cuando pasen las amarguras de la hora presente, esta hora en que tantos y tantos sacerdotes van muriendo en los campos

de batalla, sólo un milagro de la Providencia puede llevar a feliz término la gran obra de reconstrucción que necesita la Iglesia en la nación vecina.

En España estamos libres de tanta miseria, y por eso la disminución de vocaciones no es todavía tan inquietante y angustiosa: pero si el mal existe, alguna causa ha de haber, y bien eficaz, a que podamos atribuirlo.

Y desde luego, no se vaya a decir que es la causa primera y principal el pauperismo de nuestros días, sino el decaimiento, cada día más rápido, de la piedad cristiana. Si, como se ha dicho con verdad, el número de vocaciones sacerdotales y religiosas es a manera de barómetro que señala con precisión la altura de la piedad de un pueblo, estamos indudablemente un tanto resabiados del espíritu de un siglo materialista, que desviando los ojos del cielo tiene del sacerdocio una idea mezquina y miserable; sin llegar a comprender que todavía es dignidad que se encumbra sobre todas las dignidades del mundo y profesión la más honrosa que pudo soñar el hombre sobre la tierra.

Así se creía en los felices tiempos del espiritualismo cristiano: cuando nuestros padres, colocándose en el verdadero punto de vista, entre la tierra y el cielo, el tiempo y la eternidad, tenían a honra singularísima predicar con la palabra y el ejemplo que más vale dar a Dios un solo sacerdote que mil Césares del mundo.

Hoy por desgracia hemos cambiado de prisma. Por no mirarlo con los ojos de la fe y a la sola luz del buen sentido cristiano, el sacerdocio en una de tantas carreras, o por mejor decir, la carrera que tiene menos atractivos.

Ante todo, es de las más largas y costosas. Ni puede ser de otra manera; porque las necesidades actuales y la malicia misma de los tiempos exigen al Sacerdote una cultura incomparablemente más sólida y extensa que en épocas de acendrado fervor religioso. Necesitamos hoy, si hemos de estar a la altura de los tiempos, no sólo servir de modelo en la pureza de la vida, sino empuñar también el cetro de la inteligencia, para influir con fuerza irresistible aun en los espíritus más incrédulos. Lo contrario sería luchar contra la fuerza misma de

las cosas, condenarnos a vivir en un aislamiento suicida, y merecer que se diga de nosotros aquella frase del Profeta Isaías: *propterea captivus ductus est populus meus quia non habuit scientiam*.

Ahora bien, si unimos al esfuerzo intelectual la severidad indispensable de la disciplina del Seminario, comprenderemos bien que en estos tiempos de rebelión, en que ningún yugo parece suave y ninguna carga ligera, han de ser muchos los obstáculos que atajen el paso al reclutamiento de vocaciones.

Por otra parte, da pena considerar la desproporción que se encuentra entre el número de los que empiezan la carrera, animados al parecer del deseo formal, de la ambición sagrada de llegar al Sacerdocio y el de los que llegan a recibir el Sagrado Orden del presbiterado. ¡Cuántas vocaciones han ido malográndose a lo largo del camino! *Contaminati mores*, dice el Concilio provincial de Zaragoza, *late grassantur, et perversæ hominum opiniones ubique plurimum animos invadunt, unde causæ potissimæ ut... sæpe vocationis gratia in multis etiam deperdatur*. Otras veces no se trata de cobardía o infidelidad al llamamiento de Dios, sino sencillamente de un fracaso lamentable por haber equivocado el camino. Lo cierto es que, según regla general, comprobada por numerosas estadísticas, de seis jóvenes que empiezan la carrera del Sacerdocio uno solo llega a terminarla, o, según otro cálculo, de cada diez aspirantes, son ocho o nueve los que desiertan. Yo no diré que en Navarra hayamos llegado a rebasar esos cálculos en lo que llevamos de siglo: pero si fijamos detenidamente nuestra mirada en las cifras que exponíamos hace poco, quizá veamos que la desproporción entre los que comenzaron y los que llegan a la suspirada orilla, no ha sido nunca tan grande como lo es en la actualidad.

Como si fueran pocos hasta ahora los peligros de la vocación, se han cumplido últimamente los proyectos que tanto preocupaban a los Seminarios y Congregaciones religiosas. Ha venido por desgracia la ley del servicio militar obligatorio, que hiriendo en el corazón los derechos de la Iglesia, hará que se pierdan, ante es-

te nuevo peligro, no pocas vocaciones sacerdotales y religiosas: porque, como delicadas plantas de invernadero, necesitan, para no marchitarse, para crecer y adquirir su completo desarrollo, una temperatura que no se encuentra sino de puertas adentro del Seminario, una atmósfera que en nada se parece a la atmósfera deletérea que se respira en los cuarteles. No será, por consiguiente, la nueva ley militar el enemigo menos poderoso de las vocaciones Sacerdotales: que si hasta ahora retraía a muchos el pensamiento de que podían fracasar como tantos otros, no será extraño que en adelante los jóvenes llamados a tan alto ministerio, y mucho más sus padres, que no tienen vocación, se desanimen y desmayen, porque les abruma demasiado la incertidumbre de lo porvenir.

En parte justifica semejante proceder el hecho lamentable de que quienes, por una u otra causa, abandonaron las aulas del Seminario, ven que se tiende ante sus ojos un horizonte por demás triste y sombrío. Generalmente es demasiado tarde para emprender otra carrera: cierto que la preparación intelectual habrá sido no tanto, sino mucho más sólida que la adquirida en otros de enseñanza; pero el Estado, que por boca del actual Ministro de Gracia y Justicia «ha declarado con orgullo que los Seminarios españoles son verdaderas Universidades y su organización digna de los mayores elogios», obliga a revalidar en un Instituto oficial hasta los estudios de latín para conseguir el imprescindible Grado de Bachiller. Y esto entraña necesariamente un cúmulo de gastos que no todos pueden sobrellevar y esfuerzo de que solamente se creen capaces algunos talentos privilegiados.

Así que sucede no pocas veces que un niño de familia acomodada y piadosa, siente allá en el fondo de su alma la voz de Dios y quiere seguirla con voluntad decidida: pero vienen los padres y, sin oponerse en absoluto, porque ya ven que esto sería una fatal inconsciencia del deber, creen más práctico enviar a su hijo a un Colegio de Religiosos en donde pueda hacer los estudios del bachillerato. Si persiste más adelante en su propósito, sígalo enhorabuena; que abiertas de par en

par encontrará las puertas del Seminario, en siete años podrá acabar una carrera que le hubiera costado doce a no tener el Grado de Bachiller, y más tarde podrá hacerse abogado o licenciado en Filosofía y Letras para ser profesor de un Instituto; en cambio, dicen ellos, si le dejamos seguir sus deseos cuando acaban de germinar en su corazón, y le ocurre después hacer alto a mitad de camino, nunca pasará de maestro de primera enseñanza, o tenedor de libros, o redactor de un periódico, o cosa por el estilo.

Y todo esto es mucha verdad; pero esos padres no se dan cuenta, a pesar de su exquisita previsión, de que, por no haberla cultivado desde un principio, es muy de temer que aquella vocación desaparezca como tantas, cuando menos se lo figuren.

Finalmente, no puede menos de citarse entre las causas del decrecimiento de vocaciones, el porvenir económico y social que aguarda casi siempre al Sacerdote. Privado el clero, por un cúmulo de tristes circunstancias, de los medios materiales que disfrutaba en otros tiempos, se le ha asignado en calidad de restitución un presupuesto irrisorio que apenas basta a sostener y prolongar trabajosamente una vida de privaciones y sacrificios; un presupuesto en que, como dijo el Sr. Obispo de Jaca, se están repitiendo hace sesenta años las mismas cifras sin tener en cuenta que, desde entonces acá, se ha triplicado por lo menos el coste de la vida.

Por otra parte, las parroquias, término ordinario de la carrera sacerdotal, van siendo en número cada día mayor parroquias-calvarios: el pobre cura ha perdido aquella aureola de veneración que le rodeaba en otros tiempos; cuando los fieles rendían sincero y profundo respeto a la majestad del sacerdote, no solamente en las palabras, sino lo que vale mucho más, en los pensamientos y en los corazones. Hoy se le juzga, se le critica, se le calumnia de manera despiadada, y en vez de cubrirlas con el velo de la caridad, se sacan a plena luz y se miran con cristales de aumento todas sus faltas y sus miserias.

Siendo ésta la situación del clero en las actuales circunstancias, ¿qué mucho que las clases sociales más

distinguidas no den como en otro tiempo sus hijos a Dios para el servicio de las almas y de los altares? Siempre y en cualesquiera circunstancias el sacerdocio, por lo mismo que exige tanta elevación de ideas y tal pureza de corazón, lleva en sí la idea de la abnegación y el sacrificio. Ha sido siempre, para valerme de una expresión de Lacordaire, el sacrificio del hombre unido al sacrificio de Dios: pero ahora que la Iglesia es cada día más pobre y cada vez más perseguida, es necesario valor heroico y desasimiento de las cosas de la tierra, para que los hijos de los ricos no olviden el camino del Seminario.

Si bien es verdad que no está en la mano del hombre crear vocaciones y que, según la palabra del Divino maestro, «no le hemos elegido nosotros a él, sino él a nosotros», también es indudable que, a la manera que la semilla no crece en el campo ni fructifica, si no va unido el trabajo del hombre a las bendiciones del cielo, es voluntad de Dios que de ordinario la vocación no germine, ni fructifique, ni se descubra, siquiera sino por el trabajo del hombre.

No vale, por consiguiente, decir que si quiere Dios que su Iglesia se extienda y fortifique, él cuidará de llamar a los obreros que necesite para la ejecución de sus designios, como llama el jefe de una familia a los que quiere hacer sus servidores: hemos de cooperar a la obra de Dios ya que quiere asociarnos a ella: hemos de trabajar en esta nueva forma de apostolado, sintiendo la generosa necesidad de quedar satisfechos de nosotros mismos.

Y ante todo, y mucho más siendo esta obra tan sobrenatural y divina, la oración ha de ser para ella el medio más eficaz; como que dará eficacia a todos los demás, que sin la oración serían estériles e infecundos. Bien claramente nos enseña nuestro Divino Salvador que el éxito de esta empresa, como el de todas, no depende exclusivamente de nuestros propios esfuerzos, cuando nos dice en la persona de sus discípulos: «La mies es

mucha y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su campo».

Dueño absoluto del campo de las almas es Dios, de quien procede todo bien: nosotros a lo sumo el humilde instrumento de que se vale en sus adorables designios para depositar la semilla en el seno de la tierra.

Se necesita, por tanto, la oración, alma de todo apostolado: oración de los sacerdotes para implorar del cielo que multiplique las vocaciones entre los niños que educan, y las descubran a tiempo para cultivarlas con exquisito cuidado; oración de los padres, que soliciten para alguno de sus hijos esta gracia especialísima del divino llamamiento, y para sí la generosidad que necesitan para secundar los planes de Dios sin cortapisas ni regateos; oración de los niños, para que entre ellos broten las vocaciones como brotaban antaño, cual bendición fecundísima de los cielos: oración individual de todos y oración colectiva para que los llamados, respondiendo con generosidad a la invitación de lo alto sean, como dice una oración aprobada por la S. C. de Indulgencias, *cooperatores Christi, et se impendant et superimpendant pro animabus*; oración, en fin, por las familias, para que no se atrevan a disputar sus hijos a la Iglesia.

Otro medio no menos eficaz es la santa comunión. La comunión frecuente (son palabras del fervoroso Padre Vilariño) es un canal de vocaciones muy abundante. ¡Se pega, se pega el Sacrosanto Cuerpo y la Divina Sangre del Sumo Sacerdote a los Corazones! En la comunión se husmea y barrunta lo dulce que debe ser consagrar el Cuerpo de Nuestro Salvador, y consagrar en el cáliz la Sangre de nuestra redención, y representar en la Misa al Sumo Sacerdote. ¡Oh, qué mal hacen aquellos que ponen obstáculos a la comunión frecuente!

Contribuirá también sobremanera, al mismo fin acostumbrar a los niños a ayudar la santa Misa; porque este ministerio de ángeles de tal manera despierta en el alma el deseo de subir un día las gradas del altar que, como se ha dicho en el Congreso Eucarístico de Madrid, cuando en una familia de varios niños cuidan los padres de que todos se ejerciten en ayudar la santa Misa, es

seguro que en alguno de ellos brotará la vocación. Y aun de los mismos que habitualmente ejercen este ministerio en nuestras parroquias ¡cuánto podíamos esperar si cuidáramos de que los que sirven en los altares fueran modelos de piedad y en ellos pusiéramos los ojos, como en esperanza legítima del Santuario!

Nada diré, porque me parece más propio de la teología pastoral y de las revistas que se escriben exclusivamente para el clero, acerca de los tres medios radicales que debiera emplear todo sacerdote para despertar en las almas infantiles el amor a nuestro augustísimo ministerio; a saber, intachable conducta, urbanidad y buenas maneras, esmero en el culto divino: pero me váis a permitir que indique, siquiera sea ligeramente, un poco de lo que puede hacerse por medio del apostolado de la palabra. ¿Quién, aun entre los seglares, no podrá destruir un prejuicio, refutar un error, deshacer una calumnia vertida contra el clero por alguno de esos profesionales de la difamación y de la mentira? Pues quizá con eso solamente, a la vez que ha rehabilitado a la clase sacerdotal, habrá quitado el obstáculo que retraía a alguno de venir al Seminario.

Pero aunque los fieles puedan aquí prestar al sacerdote el apoyo discreto de su palabra, él como nadie tiene mil medios de ejercitar su celo en esta obra de apostolado. El párroco sobre todo, en la catequesis, en el confesonario, en el seno mismo de las familias puede sembrar la vocación en el alma de los niños mostrándoles la múltiple misión que en la sociedad desempeña el sacerdote y los consuelos que le alientan para llevar una carga tan pesada: sin ocultar, claro es, las amarguras y sinsabores que se tienen que sufrir en este valle de miserias.

Esta propaganda debería hacerse más activa cuando los padres, como sucede con demasiada frecuencia entre las clases más distinguidas, no quieren cultivar, antes por el contrario ahogan y atrofian los primeros gérmenes de vocación que por ventura brotan en el alma de sus hijos. No parece sino que la ley natural se limita a prohibir que a nadie se imponga carga tan abrumadora sin contar con el llamamiento divino: es necesario

convencer a esos padres de que tienen además obligación de permitir a sus hijos seguir la ruta marcada por la providencia; y que el haber desaparecido aquellas ricas prebendas y pingües beneficios que se repartían en otros tiempos, no les excusa de servir a la Iglesia cuando la ven caída en el empobrecimiento y la ruína.

Cierto que, como expresa claramente el Concilio Tridentino, ses. 23, cap. 18, *pauperum filios praecipue eligi vult*, quiere la Iglesia que principalmente se escojan para el sacerdocio los hijos de los pobres; pero no excluye, ni mucho menos, a los hijos de los ricos, antes al contrario, se ha lamentado repetidas veces de este retraimiento que la priva de tantos sacerdotes a la vez que celosos, nobles con la nobleza de la sangre y ricos en bienes de la tierra; sacerdotes que, repartidos en cada diócesis, atraerían muchas almas con el ascendiente que dan a las clases distinguidas la educación de los primeros años, la delicadeza de sentimientos y la influencia de que gozan por sus relaciones de parentesco y amistad con los que, por ejercer cargos públicos, pueden levantar muy alto el prestigio de la clase sacerdotal, ayudarle a reconquistar su antiguo y harto menguado ascendiente sobre las almas y extender notablemente el campo de acción del sacerdote. ¿Qué duda tiene que se llevarían a la práctica muchas iniciativas que nunca pasan de proyectos irrealizables y prosperarían tantas obras que agonizan por falta de recursos?

Gran medio, por otra parte, de convencer al pueblo de que los ricos no quieren estar distanciados de los pobres, sería convivir con ellos, primeramente en el Seminario y después en la vida parroquial, esa vida que pone en contacto tan íntimo con el pueblo; y—¿por qué no decirlo?—medio finalmente de resolver el problema tan difícil de la elección de carrera. Cuando llega la hora de pasar de la segunda enseñanza a la superior, se hace desfilar ante los jóvenes el número sinnúmero de carreras que tenemos en España, y nadie se cuida de aconsejar el sacerdocio siquiera a algunas almas generosas, dignas acaso de tan privilegiada vocación. Todas las carreras tienen en nuestros días, según reconocen cuantos han estudiado el problema de la enseñanza,

mil y mil inconvenientes, que no existían hace cuarenta años, cuando todavía no se había dejado sentir el apartamiento de las clases medias de la vida económica e industrial. Ha venido de aquí, arrastrada por la fuerza incontrastable de las cosas, y la prodigalidad con que se reparten los títulos académicos, una depreciación tan grande, una tal sobreproducción en todas las carreras, que si los hijos de la clase media no pueden las más de las veces compensar el sacrificio que se impusieron sus padres para costearles los estudios, los hijos de las clases elevadas no encontrarán, por de contado, medios de ganarse la vida con un título académico, aun adquirido con las notas más sobresalientes.

Todos lo confiesan por unanimidad; y al tratar de proponer a la juventud moderna nuevos derroteros para abrirse camino en la vida, no saben indicarle sino el comercio o las grandes industrias, como si fueran esperanza cierta de relativa prosperidad y no mostrara la experiencia continuas y muy amargas desilusiones. Ni por asomo se les ocurre a los que tienen en sus manos la educación de la juventud invitarla a enderezar su rumbo hacia el santuario; y lo que es más triste, hasta los mismos sacerdotes directores de colegios se abstienen por lo general de hacer tales indicaciones a sus discípulos. Tienen la idea de que un colegio, aun dirigido por sacerdotes, ha llenado cumplidamente su misión con preparar a sus alumnos para que, andando el tiempo, sean cristianos prácticos y celosos en medio de una sociedad indiferente y descreída. Es decir, que por lo visto, quien entró en uno de esos colegios tuvo que dejar en la puerta las esperanzas de poner un día más alto el ideal de su existencia. Prejuicio funestísimo, que un ilustre jesuita, el R. P. Delbrel, se esfuerza en desvanecer en todo en un libro que titula «Vocación de los jóvenes al estado sacerdotal y religioso». Ya reconoce este escritor encanecido en la enseñanza que no es un colegio terreno el más a propósito para cultivar esta vocación tan delicada, pero que allí existen es indudable, y en mayor abundancia de lo que se cree, y sin necesidad de que medien gracias extraordinarias pueden cultivarse, acudiendo en auxilio quienes manifiestan tan santas as-

pírraciones, juntándolos con apretados lazos de verdadera amistad a fin de sostenerse unos a otros contra los asaltos de desaliento ante los comentarios irónicos de algunos camaradas, y los peligros en aquel ambiente tan distinto del Seminario.

El día en que los educadores se penetren de estas verdades aumentarán notablemente los soldados en la milicia sagrada.

A veces las familias de posición modesta se asustan de enviar sus hijos al Seminario por los gastos que originaría una larga y costosa educación.

No es imposible vencer, en la mayor parte de los casos, esta oposición que a primera vista parecería insuperable. Esos mismos padres sentiríanse halagados con el pensamiento de que su hijo, sin necesidad de venir a la ciudad, pudiera hacer los primeros estudios de nuestra carrera: y seguramente, si al cabo de uno o dos años vefan afirmarse aquella vocación antes en germen, se animarían a sufragar los gastos que ocasionara en adelante la educación eclesiástica de su hijo, ante la esperanza, cada vez más probable, de verlo un día sacerdote de Jesucristo.

Indudablemente, la enseñanza privada es el gran acicate para las familias: pero la conveniencia de su institución sube de punto y se convierte en verdadera necesidad, cuando se trata de los hijos de los pobres; que como de ordinario suele acontecer, necesitan en absoluto que se les proporcione toda clase de facilidades para los primeros estudios.

Bien lo van conociendo algunos beneméritos sacerdotes que, animados de gran espíritu de caridad cristiana, inician a cierto número de niños, a veces a uno solo, en los estudios de latín: hurtando, por supuesto, no pocas horas al solaz y recreo del espíritu, y, casi siempre, sin otra recompensa de tejas abajo que una sola; la satisfacción que experimenta el maestro, cuando el centelleo de los ojos de sus discípulos le va indicando el progresivo desarrollo de aquellos cerebros

infantiles, que descubren sin darse cuenta un horizonte desconocido.

Obra de celo provechosísima y digna ciertamente de imitación es esta de la enseñanza privada: por algo nuestro Excmo. Prelado acaba de conceder licencia a todos los sacerdotes de la Diócesis para dedicarse a esta labor tan meritoria: y el M. I. Cabildo Catedral y Regular de Roncesvalles, en su deseo de cooperar al mismo fin, ha dispuesto recientemente que los niños de coro de aquella Colegiata puedan estudiar en ella los primeros cursos de Latinidad y Humanidades.

Aquí es donde principalmente ha de buscarse, a mi modo de ver, la suspirada mejoría: y me imagino que en estos últimos años no se ha trabajado bastante; que nos queda mucho por hacer, para llegar a lo que se hacía en Navarra en época bien reciente, y ahora mismo se repite en otras Diócesis con éxito verdaderamente asombroso.

Con todo, estos esfuerzos aislados y de iniciativa particular no satisfacen, no pueden satisfacer cumplidamente nuestras aspiraciones. Para que la obra sea perfecta, es punto menos que indispensable establecer algunas *preceptorías*, en aquellos puntos de la Diócesis en que cabe esperar más abundancia de vocaciones eclesiásticas. Estos centros, verdaderos seminarios en miniatura, puestos bajo el protectorado y dirección suprema del Prelado de la Diócesis, dirigidos por algunos sacerdotes de los que parecieren más aptos para la enseñanza y pudieran consagrarse a ella con exclusión de otro cualquiera ministerio, admitirían alumnos, no sólo de los dos primeros, sino de todos los cuatro cursos de Latinidad y Humanidades. Así únicamente, con la ayuda poderosa de estos centros de enseñanza, más poderosa todavía si se llegara a conceder validez académica a los estudios que se hicieran en tales establecimientos, es como los Seminarios empezarían a conjurar la crisis que los arruina.

Es digno de atención lo que está sucediendo actualmente en la Diócesis de Córdoba. Hace ahora un año, aquel Illmo. Sr. Obispo escribió una sentidísima circular de acción de gracias en que, precisamente a la insti-

tución de preceptorías atribuye, después de Dios, el aumento súbito y extraordinario de vocaciones; gracias al cual entra en vías de prosperidad aquel Seminario, cuando parecía haberse perdido toda esperanza de reconstitución.

Un número notabilísimo de niños—dice el celoso Prelado,—divididos en pequeños grupos entre las diversas preceptorías que hemos erigido en nuestra Diócesis y agregado a dicho Seminario, acaba de dar comienzo a los estudios de Latín y Humanidades. En el año próximo pasado, incluyendo a los diez presbíteros que se matricularon voluntariamente para terminar los cursos contenidos en el plan de estudios, el número total de matriculados llegó a 91.

En el presente, «tan sólo los gramáticos que han empezado los estudios del primer año, contándose a los ocho que lo hacen en este Seminario, suben a 101».

Y todo por haberles ahorrado el tener que trasladarse a la capital, lo que para la inmensa mayoría hubiera sido poco menos que imposible. Cuando esos niños lleguen al primer año de Filosofía y tengan que ingresar en el Seminario no faltará, Dios mediante, plaza gratuita para los que, siendo pobres, hayan dado muestras de regular capacidad y manifiesta vocación eclesiástica».

Se ve, por consiguiente, que el número de alumnos puede aumentar de manera extraordinaria por medio de las preceptorías. Si gracias a ellas en Córdoba, donde sólo había el año pasado *ocho* alumnos en el primer curso de enseñanza oficial, se ha conseguido que ascienda el número a *ciento uno*, ¿qué duda tiene que en Navarra podíamos, si fuera necesario, hasta exceder esa cifra?

Lo malo es que, aun cuando muchos sacerdotes se animarían a provocar vocaciones y harían el sacrificio de enseñar a los niños los primeros años de latín, no se atreven a poner manos a la obra: les descorazona el presentimiento de que, al presentar sus discípulos en el Seminario, no tendrá éste recursos bastantes para admitirlos gratuitamente; y no pudiendo recibirlos ni siquiera como fámulos, porque las plazas no son tantas como las solicitudes, no podrá concederles otra ventaja que la

dispensa de matrícula. Y esa pequeñez claro está que no resuelve ningún problema, ni es cosa de esperar sin esperanza, o con peligro por lo menos de no verla cumplida sino hasta después de muchos años de haber buscado inútilmente los recursos de la caridad cristiana.

Falta, por consiguiente, estimular el celo de los poderosos de la tierra, que han sido en todo tiempo la providencia de los pobres. Si se determinaran a contribuir, siquiera con su dinero, a la conservación del sacerdocio, ya que le niegan obstinadamente la contribución de la sangre, bien podíamos concebir para lo futuro las más risueñas y consoladoras esperanzas: porque no faltan en absoluto vocaciones, a lo menos entre los desheredados de la fortuna: las hay relativamente en abundancia, y no necesitan otra cosa para florecer, sino que caiga sobre ellas un poco de lluvia de oro, sin la cual han de morir irremisiblemente, como semilla que va secándose poco a poco escondida en el corazón de una tierra estéril e infecunda.

Si cuando llegan a ver entre las familias de sus obreros un niño en cuyos ojos brilla el candor de la inocencia, de sentimientos nobles y generosos, que sigue en el altar los movimientos del sacerdote y se distingue de sus camaradas por su piedad en el templo y su aprovechamiento en la escuela; si cuando los ricos llegan a encontrarse con uno de esos niños que no son como los otros niños, les hablan del sacerdocio y se mostrarán dispuestos a hacer un sacrificio por ayudarles a subir a dignidad tan elevada, ¡qué legión de sacerdotes podrían dar a la Iglesia, que tanto los necesita! Quizá no hubiera sido otra cosa San Vicente de Paúl que un humilde labriego de los campos, a no ser por la protección de un seglar clarividente y generoso que no satisfecho con llevar al niño a su casa y hacerlo compañero de sus propios hijos, le dió cuanto necesitaba en adelante para subvenir a los gastos de su educación sacerdotal.

¡Y cuánto podíamos esperar de los privilegiados de la fortuna si ante ellos se hiciera un poco de propaganda! Los hay, por desdicha, quienes guiados únicamente por el estímulo de la vanidad, hacen espléndidas donaciones

en que, con tal de perpetuar la fama del donante, importa poco que la obra sea o no de necesidad indiscutible. Pero afortunadamente no faltan entre los ricos cristianos hombres de buena voluntad, que conociendo cuán difícil es en nuestros tiempos el ejercicio de la liberalidad o largueza, acuden a consultar al sacerdote, para no dejarse llevar del entusiasmo por una obra para cuyo sostenimiento quizá no sean indispensables nuevos sacrificios, que otras acaso reclamarán con urgencia mucho mayor. Quieren, en una palabra, enterarse de las necesidades de la Iglesia; y cuando conozcan las que aquejan a los Seminarios, tengo para mí que enderezarán hacia ellos el rumbo de su caridad.

Era el año de 1882. Un ilustre aristócrata español, el Excmo. Sr. D. Antonio López y López, primer marqués de Comillas, lamentábase un día con el R. P. Tomás Gómez, de la Compañía de Jesús, de la decadencia religiosa, que en sus frecuentes viajes por España y América, había observado en estos países que fueron en otro tiempo la tierra clásica del catolicismo.

¿Qué remedio podía ponerse a tanta calamidad? Y el celoso jesuita, sin vacilar un instante, le propuso la fundación de un Seminario con rentas suficientes para instruir y educar a muchos jóvenes que, esparcidos después por toda España y sus antiguas colonias, habían de convertirse en otros tantos obreros evangélicos. No necesitó más para convencer a su interlocutor. Desde aquel día, con el entusiasmo del genio que está labrando la estatua de la idea, el piadoso aristócrata preparaba la obra que había de perpetuar su nombre entre las generaciones futuras. Ya estaban hechos los planos y demás preparativos para la construcción del edificio: pero vino una circunstancia imprevista, que hubiera frustrado la intención del generoso donante, si el heredero de su fortuna no lo hubiera sido a la vez de la cristiana munificencia de su padre. Dios le llamó a su seno el 17 de Enero de 1883: mas no por eso el ideal tan fervorosamente acariciado dejó de realizarse, en bien a un tiempo de la religión y de la patria.

El segundo marqués del mismo nombre, tomando el proyecto como suyo, no descansó hasta verlo realizado

en toda su magnífica grandeza. Y cinco años más tarde, el 1888, dió un alegrón al soberano Pontífice de Roma, ofreciéndole el «Seminario Pontificio de San Antonio de Padua de Comillas».

Harto comprendo yo que no todos cuantos poseen riquezas en abundancia sabrán derramarlas, llegada la ocasión, con aquel mismo desinterés que admiramos en esos dos espejos de la nobleza española; ni comprenderán tan al punto la necesidad de favorecer con abundantes limosnas a los llamados a ser los sacerdotes de mañana. Pero con todo, bien podemos decir que no mirarán con indiferencia la obra de los Seminaristas, si se les inculca una y otra vez que, al prestarles su apoyo decidido, realizan a maravilla, tanto como en cualquiera obra benéfica de las que piden su concurso, el ideal supremo de la caridad cristiana: aquella dulce aspiración que alguna vez hemos visto esculpida en el frontispicio de los hospitales; *Christo in pauperibus!* ¡ayudar a Cristo en la persona de los pobres! Motivo más que suficiente para aguijonear la voluntad de los poderosos: pero todavía hay otro especialísimo, que no debiéramos olvidar cuando tratamos de encauzar las iniciativas generosas hacia el fomento de vocaciones: y es el peligro a que se expone un pueblo cuando permite la Providencia que se quede sin sacerdotes que formen y eduquen en la fe de Cristo a las generaciones futuras.

Afortunadamente, ha comenzado ya, con actividad maravillosa, la propaganda en favor de los seminaristas españoles. Y se ha visto una vez más que se pueden conseguir resultados halagüeños con tal de que en esta obra intervenga la mujer, sin cuya cooperación, según aquello del Eclesiástico *ubi non est mulier ingemiscit egens*, bien pudiéramos decir que no lograría cabal remedio la miseria que lamentamos.

A la «Asociación de Señoras para el Fomento de vocaciones sacerdotales» y en especial a su incansable Director D. Federico Santamaría, cabe la gloria de este movimiento consolador, cuyos resultados pueden

apreciarse por el hecho elocuentísimo de que, al terminar el mes de Septiembre, se aproximaban a ciento los niños que hoy habrán ingresado en el Seminario de Madrid, gracias a los donativos que están recibéndose durante los vacaciones estivales.

Yo no puedo citar aquí los privilegios e indulgencias con que la Santa Sede se ha dignado enriquecer a ésta y a las demás asociaciones que vayan erigiéndose en lo sucesivo, con el fin inmediato y principal de promover y ayudar con los medios oportunos las vocaciones eclesiásticas (1); pero no quiero pasar adelante sin exponer a grandes rasgos el origen y desarrollo de la referida Asociación.

Establecida primeramente en Madrid en 1913, y aprobada y bendecida por Su Santidad el Papa Pío X, de feliz memoria, ha ido extendiéndose con rapidez inusitada por todos los ámbitos de la Península: y hoy es el día en que, además de la Junta Central que reside en la capital del Reino, hay Juntas Diocesanas en Almería, Avila, Badajoz, Barbastro, Barcelona, Burgo de Osma, Cádiz, Calahorra, Canarias, Ciudad Real, Ciudad Rodrigo, Córdoba, Coria, Cuenca, Guadix, Huesca, Jaca, Jaén, León, Lérida, Lugo, Mallorca, Murcia, Orense, Orihuela, Oviedo, Palencia, Salamanca, Segorbe, Segovia, Sevilla, Sigüenza, Solsona, Tarazona, Tarragona, Teruel, Tortosa, Valladolid, Vich y Vitoria.

¿No habrá manera de intentar que se una a todos esos nombres el de la Diócesis de Pamplona? Cierto que desde cualquier parte de España pueden enviarse a la Junta Central de Madrid los donativos mensuales, poniendo si se quiere el nombre de la ciudad a cuyos seminaristas se destina la limosna; pero vale mucho más, y así lo dice la experiencia de otras Diócesis, que se cree también en la nuestra una Junta Diocesana, dirigida por un sacerdote, sea o no superior del Seminario, y

(1) Acaba de aparecer un folleto que toca todos estos puntos y llena cumplidísimamente la aspiración de quienes deseaban ver una obrita de propaganda. Se titula «El Kempis del Fomento de las vocaciones eclesiásticas», por D. Federico Santamaría, y su coste insignificante permitirá repartirlo con verdadera profusión.

presidida por una señora que se prestara a colaborar en la obra con actividad y perseverancia.

Para ser asociado del «Fomento de Vocaciones Eclesiásticas» basta inscribirse con una cantidad fija anual y hasta contribuir con sólo cinco o diez céntimos semanales; pero el ideal de la Asociación es que se funden abundantes becas en todos los Seminarios. Y en efecto, nunca llegaremos a igualar con las necesidades los recursos, si nos contentamos con promover limosnas voluntarias y donativos que se agotarían con el tiempo, aunque no estuvieran por otro lado a merced de innumerables contingencias. Y no estará de más añadir que, mejor acaso que las becas, serían las medias becas que, obligando a los padres a costear una parte de la pensión de su hijo, habrían de permitir no solamente duplicar el número de fundaciones, sino precaver además un peligro para los futuros sacerdotes en el ejercicio de su ministerio; que por ser de condición excesivamente humilde encuentren, andando los años, en el sostenimiento de su familia una carga demasiado grave, tanto que les obligue a desatender otros deberes no menos ineludibles.

De becas o medias becas es preciso que las fundaciones aumenten en cuanto sea posible. ¿Sería mucho pedir a los sacerdotes que al hacer sus testamentos, o en otra ocasión de su vida, tuvieran a bien acordarse del Seminario en que recibieron el inapreciable beneficio de su educación eclesiástica? Sin duda que para la mayor parte sería mucho pedir; no tienen oro ni plata y sólo podían prestarnos su cooperación personal por medio de la propaganda: para algunos no sería pedir un imposible: y por de pronto un medio recién ensayado en la Diócesis de Sevilla nos muestra cómo aun los sacerdotes más necesitados pueden ayudar a la obra, sin perjudicar en nada sus propios intereses.

Por concesión de Su Santidad el Papa, todos los sacerdotes que binan en aquella Diócesis pueden recibir estipendio por la segunda misa, con la condición de

aplicarlo únicamente a la obra de las vocaciones eclesiásticas. En la Secretaría de Cámara se reciben de Roma limosnas que se van aplicando a las segundas misas, y con este medio tan sencillo se ha conseguido en un sólo curso dar para el Seminario 6.840 pesetas.

Para ello basta que los sacerdotes que deseen cooperar a esta obra (y enseguida de implantarla se acercaban a *doscientos*) envíen su nombre a Secretaría, indicando aproximadamente el número de segundas misas que pueden celebrar durante el mes, y desde luego comenzar a aplicarlas por la intención del Emmo. Sr. Cardenal. A fin de mes recibirán un impreso con sello y sobre, también impreso, para la contestación. En el impreso anotarán el número de misas que hayan celebrado, lo firmarán y enviarán al correo, para recibir al siguiente mes otra segunda hoja exactamente igual a la primera.

Basta y sobra con lo dicho para comprender que no es un sueño irrealizable la adquisición de recursos pecuniarios, como tampoco lo es el reclutamiento de vocaciones. Pongamos en la obra toda nuestra actividad y ciertamente el éxito más feliz ha de coronar tarde o temprano nuestros esfuerzos y bendecir nuestras propagandas. Alguna vez caerán sobre corazones duros e impenetrables; pero del mismo modo que el agua caída sobre la piedra se vaporiza bajo la acción del sol y se remonta hasta el cielo, también nuestros esfuerzos y nuestras obras, rechazados por la avaricia o la inconsideración de los hombres favorecidos por la fortuna, se elevarán a Dios que los escuchará y bendecirá, y no serán perdidos, porque nada se pierde en el mundo sobrenatural, exactamente lo mismo que en el mundo de la naturaleza.

No bastaría sin embargo que pudiéramos en juego todos los medios imaginables para aumentar el número de Sacerdotes si nos olvidáramos de ponerlos, en cuanto sea posible, a cubierto de la necesidad y de la miseria: que si bien nos complacemos en reconocer que sería

indigno del sacerdocio quien lo apeteciera por un brillante porvenir, no hay que olvidar que son hombres los que ejercen este ministerio que envidiarían los ángeles, y por tanto las necesidades que han de satisfacer tienen que ser humanas y exigen dispendios incompatibles con la actual situación económica del Clero en nuestra Patria. Y si nos fijamos en el fomento de vocaciones entre las clases más o menos distinguidas de la sociedad, sube de punto la necesidad de trabajar por que el Clero español mejore todo lo posible su porvenir económico, hoy verdaderamente lamentable. El señor Obispo de Córdoba, cabalmente a este propósito, solicitaba del Ministerio de Gracia y Justicia la adopción de las siguientes medidas:

1.^a Que se supriman los descuentos que hasta aquí han venido gravando las asignaciones eclesiásticas.

2.^a Que se aumenten estas asignaciones, a lo menos para las clases más desvalidas y pobres del Clero, en cantidad que sea bastante para su decorosa subsistencia según la categoría de cada uno.

3.^a Que se otorguen jubilaciones y cesantías en caso de ancianidad, como se otorgan a los funcionarios del orden civil. Y termina pidiendo que se cumpla el artículo 4.^o del Concordato, poniendo correctivo a las injurias y calumnias y desacatos contra el Clero y las autoridades eclesiásticas.

Verdaderamente el modo ideal de mejorar el porvenir terreno del Sacerdote está en manos de quienes reparten el presupuesto y forjan las leyes en España. Pero no será mucho lo que de ellos pueda conseguirse con peticiones, artículos y discursos que se perderán en el vacío sin llevar el convencimiento al ánimo de los gobernantes: el remedio más práctico sería conseguir un núcleo respetable de senadores y diputados que se obligaran a recabar del Gobierno por todos los medios lícitos, incluso el de la obstrucción, lo que tantas veces se pretende con justicia y ha quedado hasta ahí en promesas y vanas esperanzas. ¿De qué nos sirve si no el artículo 36 del Concordato vigente en que se dice: «las dotaciones para los gastos del Culto y Clero se entenderán sin perjuicio del aumento que pueda hacerse

cuando las circunstancias lo permitan? Que alguna vez lo han permitido, lo prueba con evidencia el hecho de haber aumentado absolutamente todas las asignaciones de los funcionarios públicos: para el Clero, que no reclama sino lo que en justicia le pertenece, ni siquiera una vez llega la hora de la legítima reivindicación de su derecho a la vida.

Hemos de apoyarnos por ahora más que en la justicia de los gobiernos, en nuestra propia iniciativa personal y más que nada en el esfuerzo colectivo.

No podemos tratar aquí, ni siquiera de pasada, acerca de la tan debatida cuestión de si debe buscarse la independencia económica entre la Iglesia y el Estado; ni de la constitución en cada Diócesis de un capital que reditúe lo bastante para el sostenimiento del clero; ni de la acción privada de los sacerdotes para aliviar su propia suerte por medio de cooperativas; ni de la conveniencia indiscutible de que estudien los seminaristas la carrera del Magisterio, y; alguno siquiera, la de Filosofía y Letras para aspirar al desempeño de una cátedra en los Institutos o Universidades. No entra tampoco en mis planes exponer los medios de que puede echar mano el sacerdote para vindicar su honra ultrajada, empresa con tanto brío acometida por las Ligas de defensa del Clero: basta sentar una afirmación incontestable; que preparando el porvenir económico y social del Sacerdote, en pocos años llegarían los Seminarios españoles al más alto grado de esplendor y florecimiento y, de tejas abajo, éste sería el medio por excelencia para fomentar las vocaciones.

¿Y no habría manera de conseguir que, en lo posible, fuera disminuyendo el número de los que dejan la carrera sacerdotal?

No puedo aquí referirme a los que pierden la vocación: cuantos medios pudiera yo citar enderezados a ese fin laudabilísimo, se reducirían a dos, que por ahora no pasan de ser un ideal todo lo hermoso que se quiera, pero que todavía no es práctico ni hacedero, ni lo será mientras los Seminarios arrastren una vida eco-

nómica lánguida y miserable. Me refiero al internado obligatorio para todos y al establecimiento de Seminarios de verano al estilo de otras naciones.

Allá por el año de 1855 se le ocurrió al Gobierno, con la piadosa intención que se puede suponer, ordenar a los señores Obispos que que no admitiesen sino alumnos internos en las clases de los Seminarios. Y se atrevió a añadir con hipocresía jansenista que a ellos sólo se había referido el Concilio de Trento, cuyos decretos quería seguir con escrupulosa fidelidad. Es indudable que esa es la mente del Tridentino y así la han interpretado los más insignes Canonistas: pero la historia enseña que es inútil luchar contra la realidad de las cosas. Entonces se vió que el proyecto del Gobierno, además de vejatorio, era completamente irrealizable y bien pronto se tocaron las consecuencias: ¿quién no presiente que habían de ser no menos desastrosas en las actuales circunstancias?

Por lo que hace al internado en vacaciones, es también aspiración hermosísima por la cual abogaba hace algún tiempo el Emmo. Cardenal Guisasaola, en un discurso que pronunció ante la Junta de Damas de Madrid. Utilísimo sería, como afirmaba el insigne Primado, disponer de una casa de campo con los medios necesarios para albergar a los seminaristas durante las vacaciones veraniegas, y trasplantarlos allí para ponerlos al abrigo de los peligros y de las seducciones del mundo: pero mientras esto no sea factible, habremos de contentarnos con los medios de preservación que suelen proponerse para evitar el resfriamiento de la piedad y, muchas veces, hasta la pérdida de la vocación durante la época de las vacaciones.

No me refiero, por consiguiente, a los que abandonaron la ruta que Dios les señalaba; sino a aquellos que tuvieron la desgracia de tomar el camino del sacerdocio, sin ser llamados por Dios Nuestro Señor: vocaciones precipitadas que agotaron inútilmente el patrimonio de la familia y contribuyeron a la vez al desprestigio del Seminario. Si queremos evitar que se pierdan, sin provecho de nadie, los recursos de la caridad cristiana, preciso es no imitar la conducta del pescador que

lanza sus redes en la oscuridad de la noche. Antes de llegar el niño a los umbrales del Seminario, y sobre todo, si viene a disfrutar de beca o media beca, se impone hacer un examen de la vocación que nos dará seguramente alguna garantía de la futura perseverancia del nuevo seminarista. Ciertamente que se tropieza con una grave dificultad: no se trata de hombres, sino de seres en formación, corazones de doce años en que no podemos aventurarnos como quiera a dar un juicio definitivo, porque a veces el porvenir nos reserva grandes sorpresas.

Pero por muy falible e insegura que sea la previsión humana, no es tan difícil pronosticar en la mayor parte de los casos si el aspirante ha de tener aptitud para el sacerdocio; y sabido es que va tan ligada la aptitud con la vocación que en el lenguaje corriente suele designarse a la primera con el nombre de la segunda. Lo que más importa, claro está, son las cualidades morales, que nos obligan a prescindir de todos aquellos cuya inocencia hemos visto marchitarse sin llegar aún a la primavera de la vida: a esos seguramente que Dios no llama para su servicio, y no se necesita mucha perspicacia para anunciarlo con absoluta seguridad: pero de ahí a creer que con fijarnos en la bondad de vida y recta intención del aspirante no puede ya exigírsenos otra cosa, media un abismo. Enhorabuena que no se le exija cierto gusto y atractivo o aspiración interior hacia el estado sacerdotal, cuando ni siquiera en el ordenando puede exigirse tal cosa, según reciente decisión de la Santa Sede, a propósito de una controversia teológica que empezaba ya a apasionar los espíritus; pero cuando menos fijémonos un poco en la capacidad intelectual, que bien puede examinarse por el maestro en la escuela y aun por el párroco en el catecismo.

Pongamos decidido empeño en que se multipliquen entre nosotros, más que esas inteligencias que necesitan una labor asidua para llegar escasamente al grado imprescindible de cultura, aquellos otros espíritus escogidos que a su debido tiempo den a la Iglesia días de gloria en todos los ramos del saber y figuren con el debido lucimiento en el mundo con evidente provecho de

nuestra religión sacrosanta. Para ello no estaría de más que las becas o medias becas no se diesen, de consentirlo la voluntad de los fundadores, sino mediante oposición rigurosa entre los que se encontraran en condiciones de pretenderlas. Así se acostumbra en muchísimas partes y no dudo en afirmar que éste es un medio de selección verdaderamente insustituible. Y necesario, podíamos añadir: para no plantar un árbol estéril donde quepa otro que dé buen fruto, no hay como elegir, entre los niños piadosos que se presenten, aquellos que más se distinguen por sus dotes intelectuales y su perfecta docilidad: ellos serán como la blanda cera en que pueden grabarse las impresiones a gusto del modelador.

Por mucho que consigamos con esta previa selección, no será en manera alguna posible cortar en absoluto las deserciones inevitables en una empresa tan difícil como la formación sacerdotal. Ahora bien, ¿podría facilitarse el paso a otra carrera a los que, adelantados ya en sus estudios, no sienten inclinación al estado eclesiástico? Se les haría un servicio inestimable y lo habrían de tomar en cuenta esas familias que no se atreven a enviar sus hijos al Seminario, por temor a un fracaso que tuerza para siempre el rumbo de la vida de sus hijos, cerrándoles el porvenir en las carreras literarias.

En Italia, por ejemplo, siguen los seminaristas en los dos estadios de Gimnasio y Liceo (o sea lo que llamamos Humanidades y Filosofía) el orden de los programas vigentes en los Institutos oficiales de segunda enseñanza. No sabemos que en España se haya implantado esta medida y, a la verdad, se ven pronto las ventajas, pero también saltan a la vista inconvenientes de bien difícil solución. Todos se quejan de los planes vigentes en la enseñanza oficial del Estado, porque dicen que parece contagiada de esa especie de disipación y vaguedad que caracteriza a nuestra época; pero aunque se hicieran todas las reformas apetecibles; aunque llegara a representar el grado de instrucción que exige la cultura moderna, siempre será cierto que nuestros alum-

nos llevarán, en latín y filosofía, inmensa ventaja sobre los que frecuentan las aulas del Instituto del Estado, pero de ninguna manera podrían competir con ellos en la mayor parte de las ciencias exactas, físicas y naturales. Alguien ha dicho que, como tales asignaturas no pasan de secundarias en los estudios eclesiásticos, debieran adoptarse textos de mayor extensión, y para estudiar lo que de ellos se dejó al terminar el curso, añadir a éste algunos meses en el verano o tal vez un curso íntegro al terminar la filosofía. Lo primero es inadmisibles mientras los seminaristas tengan que marchar a sus casas en el período de vacaciones: y lo segundo sería poner muy tarde el remedio y, por favorecer a unos pocos, obligar a todos a estudiar lo que de nada había de servirles en el ejercicio de su ministerio apostólico. Por desgracia hoy no parece que puede hacerse otra cosa que favorecer y excitar la iniciativa de los alumnos más aventajados para que, poco a poco, vayan estudiando y examinándose de las asignaturas del grado de Bachiller, y procurar que se hagan maestros de primera enseñanza todos o casi todos los seminaristas.

Hora es ya de no fatigaros por más tiempo, sino pediros perdón por las faltas en que sin duda he de haber incurrido en mi discurso. Diré para terminar que el entusiasmo por el fomento de vocaciones debiera arraigarse en los corazones de todos, pero en ninguno con más fuerza que en el corazón del sacerdote. Ha renunciado por el voto solemne de su ordenación a la paternidad según la carne; pero no parece sino que Dios Nuestro Señor, como en retorno de tan señalado sacrificio, ha querido infundirle un instinto misterioso de paternidad sobrenatural; para que cuando le lleguen los días tristes de la vejez y de la inacción, al ver el cuerpo inclinarse hacia la tumba rendido por la pesadumbre de los años, pueda sentir que su corazón trabaja todavía; que no muere por completo, porque se sobrevive en cierta manera, y perpetúa en los que por sus consejos, sus exhortaciones y sus limosnas hizo herederos de su voca-

ción, aquel mismo apostolado en que agotó valerosamente la mejor parte de sus fuerzas y de su vida; en una palabra, siente toda la verdad que se encierra en aquella frase del Bienaventurado Cura de Ars:

«¡Feliz el que al morir deja un sacerdote a la Iglesia!
¡Un sacerdote, obra de sus manos, y fruto de su sacrificio!»

HE DICHO.



